Una mujer de ambos mundos

Lilia Granillo Vázquez

In memoriam *Mabel Vázquez Gutiérrez, caída en diciembre de 2004*[1]
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco

♦♦♦

Tú eres Josefa Murillo, ¿no?... La aburrida, la pasada de moda, la intelectual, la que prefiere una biblioteca a una discoteca ??UUU...

Estoy harta de sus tonterías, ¿qué les importa? Ya les dije que me dejen en paz. ¡Fuera Pepillo, abur Alonso!

"Tonterías", ¿ves por qué te cantamos "la aburrida..."? Ya nadie habla así, ahora decimos *chinaderas.* Pues es que Plaza y Juanes acaba de publicar el volumen anual de los mejores cuentos del 2005, y viene uno cuya autora es una tal "Josefa Murillo, 1865". ¿No te digo?, tenías una homónima hace casi 150 años, por eso tu nombre, toda tú eres pasada de moda...

¡Qué cuento ni qué ocho cuartos...! ¡Qué voy a andar escribiendo *chinaderas,* no hay tiempo para eso! Quítense de ahí, que causan interferencia, me están obstruyendo la...

Ya, ya nos vamos, mujer. Sólo quisimos hablar contigo, establecer contacto, como dices, profesora de comunicación.

¡Ala, ala, fuera! A mí sólo me interesa la comunicación intergaláctica, y el contacto que busco no es el de ustedes...

Josefa era la mujer más rara de la Universidad. ¡Y miren si hay *profes* raras. Pero ninguna como ella. En pleno tercer milenio, mientras que sus clases estaban infestadas de chiquillas de pelo planchado, largo y lacio, "a la baba" (¡que improperio, una moda a la baba de nopal!), que iban semidesnudas, con ombligueras y jeans raídos en "las partes pudendas" —palabras de la Murillo—, ella aparecía como una sufragista, una figura femenina del siglo XIX: de falda oscura, larga, lisa "hasta el huesito"; siempre peinada de raya en medio, con el cabello recogido en un chongo casi monjil, pegado a la nuca. Eso sí, cualquiera advertía que era una cabellera muy sana, a juzgar por lo brillante, casi con halo de santidad.

Que parecía sufragista del siglo XIX, me lo dijo Arturo, el profesor de Historia del liberalismo: "[...] se parece a las compañeras de Madero; con ese peinado de *chonguito;* la blusa blanca impecable, de una tela eterna que quién sabe de dónde saca; y fíjate cómo jamás se le arruga a pesar de las horas que permanece sentada ante los monitores. [...] Los zapatos de tacón bajo, con lengüeta y agujetas modestas, bien boleados, solían llamarse 'choclos' y eran para que las 'señoritas' fueran a la escuela

♦♦♦

vestidas de tacón, pero no de tacón de aguja como las descocadas y coquetillas. Vendían los choclos muy antes, en una tienda del Centro Histórico que se llamaba 'El Borceguí', antes de que todos y todas usáramos tenis, zapatos de tela, o chanclas de pata de gallo, de puritito plástico".

En la Universidad, Josefa tenía la opinión dividida, como entre toros y toreros. Era algo popular entre los varones y algo envidiada entre las profesoras: ellos amaban el misterio que la rodeaba y su gran belleza, pero temían su feminidad y el arrojo que mostraba con grandes desplantes. Algunas de las otras simplemente no la soportaban; imposible tolerar sus aires de suficiencia y la mirada altiva, de saberse mujer diferente y admirada. Y es que Josefa solía detenerse un poco a platicar con ellas en los pasillos, comenzaba por sonreír mucho y ser amable, pero acababa por decirles. "Ya pónganse a pensar, pónganse a leer, dejen de ser ignorantes, pobres burros y burras, la Universidad infestada de jumentos", tras de lo cual se alejaba tan campante como si les hubiera regalado viajes a Acapulco o a la Luna".

Arturo la quería bien, aunque no siempre podía protegerla de las intrigas. Eso sí, a diferencia de otros y otras, siempre hablaba con ella como si tal cosa, la miraba venir y sonreía con ternura. Era barrigón de tanta cerveza, había estudiado en el extranjero su maestría, y luego un doctorado en Harvard. Solía decirnos "que no regresó a su patria querida para entrarle en la política por eso de tantos errores, que si los de diciembre que si los de abril [...]", y entonces se quedó con las clases de ciencia política. Era el único al que Josefa trataba con cercanía cómoda.

Y sólo con él, un cincuentón muy simpático, querido por los estudiantes, inocuo y algo cegatón, Josefa aceptaba convivir; si así puede llamársele a pasar el día en la misma oficina. Compartían el cubículo, "cubo", como le llamaba Josefa, pues decía que no se acostumbraba, ni se acostumbraría nunca, a pronunciar las últimas cuatro letras, "de esa palabreja, pues —me explicaba— nunca iba a pronunciar una sandez, ni era ella una zafia, para referirse así, con esas cuatro letras descaradas, a la parte donde la espalda pierde su casto nombre". La convivencia consistía en darse un abrazo al mes, para no perder la costumbre. Ella lo llamaba "el contacto". Ese día, Josefa aceptaba irse a tomar una copa a la cantina, a cambio de que Arturo la llevara antes a tomar churros con chocolate en Coyoacán.

Aunque la Universidad era enorme, y había muchos chiflados por ahí, me fijaba en peculiaridades como ésa: dos excéntricos que compartieran la misma oficina en la Facultad de Humanidades, y que a pesar de que "vivieran juntos" como bromeaba ella, no eran esposos, ni habían sido amantes ni nada de eso. Rara vez se hablaban, él acudiendo a seminarios y preparando libros; a escondidas jugueteado con las alumnas y las profesoras jóvenes. La Murillo pegada a la computadora, aprendiendo lenguajes nuevos y diseñando presentaciones y materiales didácticos novedosos para la clase más humilde, la de comunicación. Pero el día en que se abrazaban, a la vista de todos, sin inhibiciones, y que —como decía ella— *establecían contacto*, las sonrisas y la felicidad de ambos revelaban a las claras la complicidad que los unía.

—Chelito, le pregunté un día a la secre, ¿hace cuánto que conoce a la maestra Jose?

—Ay, Pepillo, la maestra estaba aquí ya cuando yo entré, y me jubilo en dos años, o sea que lleva más de 28 trabajando. Eso sí, el doctor Arturo llegó hace 20 años. Recién desempacadito de los Estados Unidos y rezongando del gobierno como hasta la fecha, que si hacia falta Benito Juárez, que donde estaban los grandes liberales, Altamirano, Vigil, Riva Palacio, el Nigromante...

Eran inseparables, la gente los asociaba, y si se hablaba de una, salía el otro a la conversación. Sólo en una ocasión me atreví a preguntarle a Chelito, ¿cómo que más de 28 años en la escuela? La maestra Jose, a pesar de las ropas anticuadas, la estampa de La Corregidora, y la voz algo cascada, parecía una muchacha de 18 años. Chelito sonrío, y me confío: "Ay Pepillo, ya andas tú cómo esas chismosas de antropología, hablando de la juventud de la maestra. Envidiosas..., ya quisieran ser como ella, conservar el cabello así de lustroso, brillante, sin canas".

Aunque ustedes no lo crean, a mí me gustaba Josefa. Confieso que siempre me han atraído las mujeres mayores. Se sabía que no era una jovencita, alguna vez se jugaron quinielas para adivinar la edad... En el aniversario de los XXX años de la Universidad, hubo un baile en la Plaza Mayor. Y desde lejos vi cómo resplandecía todo cuando a

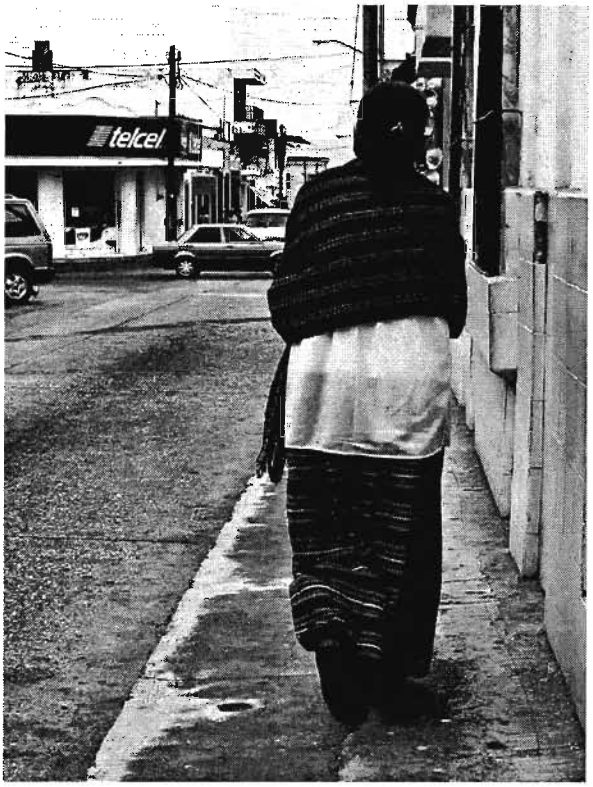
♦♦♦

medianoche entró Josefa y se acercó desafiante al pobre rector: "Oye —lo increpó con desacato mientras lo jalaba de la corbata—, me acaban de reclamar que no te invité a la firma del convenio con Telecomunicaciones para la OEA. Explícale a Toño —don Antonio era el director de la Facultad— que sí te invité, pero que no podías acompañarnos; ahora no me lo quiere firmar..."

Se hizo el silencio y se abrió el espacio ese circular previo a la trifulca. Antes de que ardiera Troya (con la otra mano, Josefa traía a Toño del brazo y se lo presentaba al rector), se acercó inocentemente al grupo un cincuentón sonriente, vestido de Emigdio Diesel de dos mil dólares y, aunque al principio creíamos que se dirigiría al rector, el ex alumno se inclinó reverente ante Josefa, mientras le decía: "Maestra, vine a la fiesta, pues tenía la esperanza de bailar con usted, ¿me permite...?" Tras brincotear el rock de la cárcel con el ex alumno, Josefa regresó con Toño y con el rector y les dijo: "Que dice que es el director ejecutivo de ACME México y que necesita contratar 50 estudiantes, tomen su tarjeta y si me necesitan para la negociación, ahí me hablan". Y se retiró de la escena como si nada, de una frescura insolente. Así era, trabajaba a medianoche y en días de fiesta; y ponía a trabajar a todo mundo.

Se veía muy lozana, daba gusto mirarla cuando se reclinaba hacía atrás, y luego se soltaba el pelo chino, de ondulaciones suaves; y lo sacudía metiendo los dedos entre las madejas de rizos sueltos, largos, nada de ensortijados como los de la raza negra. Un pelo oscuro que sacudía en dos o tres movimientos nerviosos y que pasaba del negro al rojizo como reflejando los rayos del sol. O de la luna, pues acostumbraba pasar las noches de luna llena en el cubo, soltando el pelo y sacudiéndolo con ritmo.

Era otro de sus rituales imprevistos que me subyugaba. De pronto, dejaba de teclear, arqueaba la espalda, soltaba el chonguito, y la melena oscura caía hacia atrás al tiempo que esparcía los cabellos con los dedos, los desparramaba casi hasta la cintura. Era un espectáculo hermoso que Chelito me permitía mirar desde otro cubículo, el del profesor Conde, quien no tenía nada de aristócrata, al contrario, era un tipejo barriobajero que odiaba los desplantes de la maestra, de estirpe virreinal.



Y es que la Murillo a veces, como aquella mañana en la que fuimos a mostrarle el cuento que le publicó la mejor editorial literaria de la región, con prólogo del cuentista que había ganado el Premio Lucero Radiante,[2] era insoportable. Una vez al año había que cambiar la silla de oficina, de tanto que se reclinaba. ¿Cómo explicaría la administración universitaria estos dispendios? Le daba por cambiarse de equipo de trabajo y de dirección postal y de teléfonos. Sus periodos de armonía eran deliciosos, pero de repente se volvía impertinente y se quejaba que necesitaba un florero o un circuito cerrado y de que tendría que buscar "Al idiota de mi jefe". Así le decía ella, "el idiota de..." a todos los varones, excepto a nosotros, a Arturo y a mí.

Se entiende que a Arturo, su compañero de oficina, no le dijera idiota, ¿pero a mí, por qué no? Ciertamente sus rituales me atrapaban y parecían tener un significado que yo insistía en reconocer. Además estaba la predilección que me mostró desde el primer día, cuando me conoció —allí me cambió el José María por "Pepillo"—.

Yo la amaba en secreto, platónicamente. Pero había otros estudiantes, como Tomás, —a quién ella llamaba López— por cierto, o como el propio Juárez García, que la adoraban y lo proclamaban y unos

♦♦♦

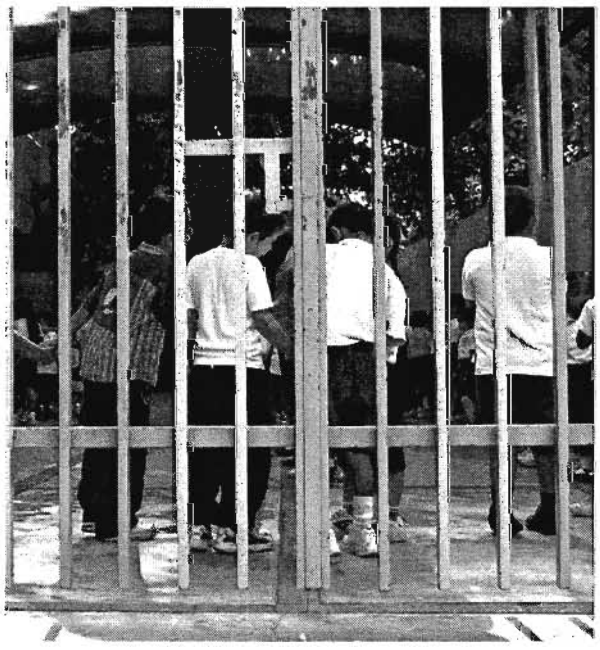
cuantos profesores que corrían a abrazarla cuando la veían cruzar el patio central. Despertaba pasiones que se mantenían en secreto; y a ellos, a los otros, Josefa los odiaba. No les permitía ni mirarla de lejos, menos les prestaba libros o consejos.

La verdad es que eso de no buscar el contacto de nosotros los estudiantes era mentira. Cuando menos el mío, sí. Nunca me permitió abrazarla, yo tampoco me hubiera acercado tanto, pero sonreía cuando me veía solo, sin mis compañeros. Y establecía cierta complicidad con unas cuantas alumnas, aquellas que lograban vencer el miedo de encararla y argumentarle en contra. "Muy bien, muchachas, les decía, gánenme, de eso se trata."

Hacía un mes que Chelito, quien se dio cuenta de mi enamoramiento enseguida (ella también me decía "Pepillo" —qué cursi, hasta mi mote cariñoso era del siglo XIX— como Josefa) proporcionó la clave para el misterio de la juventud de nuestra profesora:

—"¿No te has fijado cómo siempre que deja el teclado y levanta la vista mira hacia las estrellas? Dice que eso la mantiene así de radiante. Mira cómo tiene un mapa estelar siempre desplegado en las paredes."

Yo sólo sabía que cuando estaba de buenas y nos encontrábamos a solas, se dignaba mirarme. Entonces, me decía con suavidad: "Pepillo, hay que mirar siempre las estrellas, allá hay otros mundos. ¿No te parece que sería un desperdicio que éste fuera el único universo, el único habitado por seres inteligentes, seres que socializan, que se relacionan y vinculan (entonces no le importaban verbalizar las letras aquellas)? ¿Has oído la música de las esferas, te imaginas el abrazo de los planetas o la primera explosión?"



Esa familiaridad, su cercanía, me volvían loco de amor y me imaginaba entonces que ella y yo estábamos enamorados. Luego me daba por pensar que había algún pasado nuestro, misterioso, lejano, que yo ignoraba y que ella intentaba darme a entender... Más que entrar en la ensoñación, era como si despertara yo de un sueño.

Por eso le llevé el libro donde aparecía un cuento suyo, ¿acaso los dos habíamos sido escritores? El libro era de Alonso, el estudiante de literatura de cuarto semestre, que siempre ponía a los profesores en aprieto, pues sabía alemán e inglés y traía a clases los comentarios de esos sitios. Alonso me entregó también la segunda pesquisa de la Josefa de 1865. Ávido lector de periódicos viejos, llegó un día gritando a los cuatro vientos. "Lo sabía, ya tengo las pruebas, tu amorcito, La Murillo es de ultratumba"... dijo y me extendió la nota del periódico *El Clarín del Papaloapan*, fechado en 1871:

Pompas fúnebres para nuestra Alondra

Los notables de la capital se dieron cita en el Cementerio de Tlacotalpan durante el homenaje Luctuoso que lo más egregio de la literatura nacional le rinde a Josefa Murillo, nuestra poetisa, la conocida "Alondra de Sotavento". Desde Guadalajara viajó el gran escritor López Portillo, quien llorando la pérdida de esta Gloria, y leyó los siguientes versos de Laureana, la poetisa de Taxco:

> Fantasma vagaroso, impenetrable del óptimo espejismo de la mente, brillante y melancólica utopía que marchas con los siglos esplendente, haciendo de ellos tu constante día;
>
> ¿Quién sabe si naciste de la nada,
> si con tu mismo soplo te formaste,
> y son átomos tuyos esos mundos
> con que el espacio sideral poblaste?
> ¿Sí Tú los creaste o te crearon ellos
> al calor de sus soles y sus astros,
> en tu ser concentrando sus destellos?

Desde Tierra Caliente, donde suele recorrer a caballo el lomerío, viajó Don Vicente Riva Palacio quien intentó alguna vez opacar la fama de nuestra Josefa creando una rival, una tal Rosa Espino.

♦♦♦



Aturdido por el dolor, Don Vicente declamó, ante la tumba desierta el poema de Clotilde Zárate, la zacatecana:

Cuando entre nubes de zafir y rosa
el sol al occidente descendía,
volví a internarme por la selva umbrosa;
la violeta gentil mustia yacía;
sus alas agitó una mariposa,
y el vuelo alzó cual la esperanza mía.

Y cómo el sentimiento de este gigantón héroe de tantas batallas, conmoviera al respetable, leyó este otro, a petición de los asistentes.

Mil veces esa luna espléndida y brillante calmara compasiva su vívido penar; y ¡cuántas ha bañado mi pálido semblante, y ha visto de mis ojos las lágrimas rodar!

¡Oh faro de la noche! ¡Antorcha de consuelo!
¡Destello de la inmensa, divina majestad!
No avances, no; detente en el etéreo cielo,
y deja que contemple tu suave claridad.

Don Vicente García Torres, célebre impresor, declamó íntegro este soneto que su esposa, la hermosa jalapeña Josefina Pérez, escribió para tan triste ocasión.

Nuestro recuerdo

Véspero tenue su fulgor resbala cuando la noche su capuz extiende, y el insectillo que su vuelo tiende liba en la flor la aroma que se exhala.

Entre las nubes de brillante gala surge la luna que su rayo esplende, y a su influjo feliz al fin desciende la opaca bruma que al crespón iguala.

Así al fulgor que emana de la ciencia, alumbrando el camino de la gloria, se abre a la luz la oculta inteligencia.

Y después de esta vida transitoria, como guarda la flor su pura esencia nuestro recuerdo guardará la historia.

El gobernador Landázuri, esposo de la notable poetisa Isabel Prieto, no pudo acabar de leer, invadido por las lágrimas y ahogado en sollozos, el largo poema "La plegaria, dedicada a mi hijo", que su esposa escribió para esta triste ocasión:

Antes de dormir, bien mío,
cruza tus manitas blancas,
y con tu voz de querube
eleva a Dios tu plegaria.
la oración del inocente,
serena e inmaculada,
sube más presto a los cielos
de su pureza en las alas...

El ínclito Castellanos procedió a recitar con voz de barítono, el Fiat Lux de su mujer, la hermosa Esther Tapia, que nacida en Morelia, solía visitar una o dos veces al año, la Hacienda de Tamariz, para emprender el viaje con la famosa Laura Cuenca y viajar a Tlacotalpan para encontrarse con nuestra Alondra:

♦♦♦

"Fiat lux" dijo el Eterno, y a su acento brilló la luz del fulgurante sol; y "Fiat lux" dijéronme tus ojos y ardió en mi alma el fuego de mi amor.

"Hágase el mundo", dijo, y de la nada, brotaron astros, mares, tierra, sol... Hágase un mundo en tu alma, tú dijiste y un universo me formó tu amor.

Luis G. Ortiz y Francisco Zarco se disputaban el honor de leer "A una estrella", rapto de la imaginación convertida en versos por la dulcísima Dolores Guerrero:

No sé qué encanto misterioso y bello tiene tu luz, estrella diamantina, que al contemplar su vívido destello, el fuego del amor en mí germina.

Tus dulces melancólicos reflejos
me recuerdan la luz de una mirada,
que brilla ahora de mi lado lejos
y esta en mi mente sin cesar grabada...

Largo y engorroso sería copiar aquí todas las poesías leídas en esa ocasión. Tenga paciencia el gracioso lector, que el laborioso de Ireneo Paz, en compañía del anciano, pero todavía rotundo, José María Vigil, han retomado el volumen "El paisaje estelar en la poesía femenina del siglo XIX", que la súbita desaparición de Josefa les impidió completar. Dicen estos editores sabios que incluirán las poesías escritas ante este inexplicable suceso.

En honor a la verdad, cabe aclarar que lo único que se enterró en el cementerio fue el traje de novia que Josefa nunca estrenó. Como es de todos conocido, hace 40 días con sus noches que Josefa, la niña Josefa de fama poética universal, desapareció una noche mientras contemplaba el firmamento. Nuestra "Alondra" era célebre desde los 18 años cuando sus poemas comenzaron a publicarse en *El Federalista* y *El Imparcial*, Se volvió celebérrima cuando escribió al Ciudadano Juárez que mandara por ella, puesto que había librado a la República del imperio, que la liberara a ella del Imperio de sus padres. Y es que el Señor y la Señora Murillo la encerraban y no la dejaban escribir poesía a la luz del quinqué.

Mejor dicho, Josefa ascendió al cielo, se mudó de planeta, al decir de algunos, se la llevaron los marcianos, al decir de otros, Tata Juárez cumplió la promesa que le dio de ampararla con las nuevas leyes, pero le tuvo que cambiar la identidad, aseguraron las inditas.

Sus padres, doña Consuelo y don Arturo, mantuvieron en secreto el traslado de la niña, la transportación de nuestra Alondra, hasta que Pepillo, el novio, pudo regresar y quiso constatar lo que las malas lenguas decían, que Josefa había huido hacia otros mundos, pues él tardaba demasiado en regresar y a ella "se le cocían las habas", expresión que suele referirse cuando una joven se convierte en mujer y está lista para solicitar obra de varón.

De golpe vino a mi memoria lo sucedido. Cuando Josefa se fue con los marcianos, yo me quedé ahí, en el Papaloapan, río de las mariposas. Los días transcurrían, días sin contar que pasaban pues seguía ahíto, impávido, esperando el regreso de la incomparable Niña. O bien, pedía, rogaba y gemía que vinieran por mí también, los marcianos. A cambio, me enteré de la razón por la cual al simbólico funeral no acudieron las esposas que escribieron tantos versos. No se creyeron el cuento de la desaparición y se rehusaron a acompañar a los incautos maridos. Acaso Josefa estaba muy viva y lo de la abducción era una estratagema para seducir esposos. Así pasé el resto de la vida aquella, esperando unirme con mi Alondra.

De golpe comprendí todo: esta vida, este mundo, esta Universidad eran nuestra oportunidad para estar juntos nuevamente. Corrí a ver a Josefa, blandiendo el periódico viejo... "Lo sé todo, lo sé todo, me oyes, sé quién soy y por que me dices Pepillo. Yo también quiero hacer contacto, vámonos a otros mundos, iré contigo al fin del universo".

Ay, Pepillo, no seas zoquete, el universo no tiene fin. ¿Qué no has aprendido las lecciones? Ven, pues, a mesarte los cabellos tú también, que es la manera de recibir noticias. Dime —y suavizó la voz, la enronqueció— ¿por fin aprendiste aquello de "obra de varón"?

De nuevo esa mirada, esa mirada de mujer que promete a los hombres los deleites de otros mundos. ¿Cómo negarse a esos transportes? Aprendan bien, hombre y mujeres de este planeta: hay otros mundos, basta con mover la cabeza y contemplar el firmamento para recordar los itinerarios. ♦

Notas

[1] Mabel, bailarina de ballet de 21 años, entró a un *café internet* en la zona fashion de Mérida y cayó víctima del feminicidio. Ya no está con nosotras, deseo que esté en otros mundos.

[2] Agradezco a Hernán Lara Zavala, editor de mujeres, quien volvió a revivir a Josefa Murillo en 2004, al reeditar uno de sus cuentos en célebre antología.